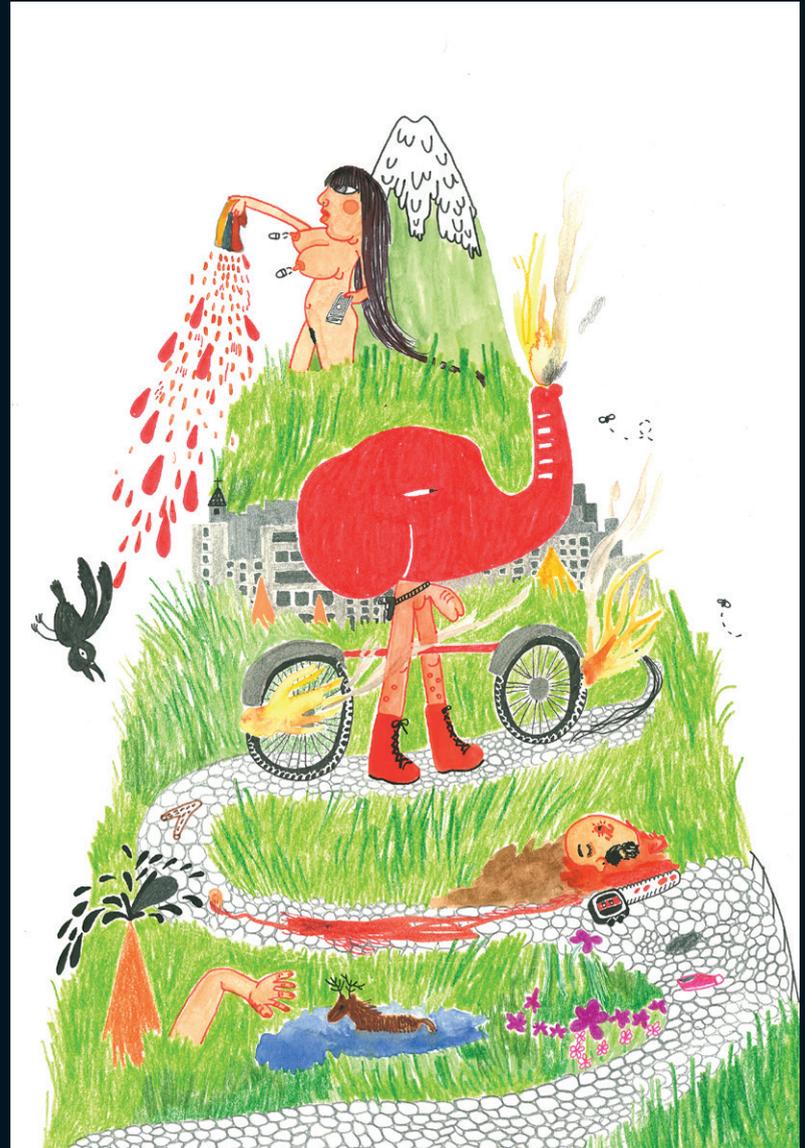


VI. CONFLICTO





POWERPAOLA

Por una memoria poética compartida. Arte, conflicto y paz en Colombia: entre la poesía y el engaño*



CARLOS EDUARDO SATIZABAL ATEHORTUA**

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

Por una memoria poética compartida. Arte, conflicto y paz en Colombia: entre la poesía y el engaño

For the Sake of a Shared Poetic Memory. Art, Conflict, and Peace in Colombia: between Poetry and Deceit

Pour une mémoire poétique partagée. Art, conflit et paix en Colombie: entre la poésie et la duperie

CÓMO CITAR: Satizabal Atehortua, Carlos Eduardo. "Por una memoria poética compartida. Arte, conflicto y paz en Colombia: entre la poesía y el engaño". *Desde el Jardín de Freud* 20 (2020): 409-436, doi: 10.15446/djf.n20.90193.

* Ensayo realizado a partir de la intervención hecha en el Simposio Colombia Post-conflicto, sobre las relaciones entre las artes y la construcción de la paz, realizado en febrero de 2018 en la KHM - Universidad de Artes y nuevos medios de Colonia, Alemania, para conmemorar los diez años del convenio entre esa universidad y la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia.

** e-mail: cesatizabala@unal.edu.co

© Obra plástica: Powerpaola

En el presente artículo se habla sobre el contraste entre el relato poético y el relato mediático del conflicto colombiano. Ambos relatos hacen uso de los dramas fundacionales de la cultura patriarcal: mitos como matar al padre, la disputa mortal entre los hermanos, etc. El relato poético busca hacer preguntas sobre las causas del conflicto. El relato mediático casi siempre usa estos mitos para que la ciudadanía se identifique con las emociones que justifican la guerra, tales como el odio, la venganza, la desesperanza y la desilusión: esta guerra no la acaba nadie. En el ensayo se propone un gran programa de arte para relatar, en todas las voces y lenguajes, la épica de la resistencia a la guerra por parte de las comunidades, la épica de las víctimas y la épica de quienes hicieron la guerra, en especial la épica de quienes dejaron las armas. Se hace un acercamiento a algunos de los relatos poéticos actuales, e, igualmente, se aproxima a los procedimientos dramáticos de los relatos mediáticos.

Palabras clave: memoria poética, arte, conflicto, paz.

The article discusses the contrast between the poetic narrative and the media narrative of the Colombian conflict. Both make use of the foundational dramas of the patriarchal culture: myths such as killing the father, the fatal dispute between brothers, etc. The poetic narrative asks about the causes of the conflict. The media narrative almost always uses these myths to make citizens identify with the emotions that justify the war, such as hate, revenge, despair, and disappointment: no one will put an end to this war. The essay proposes a great art program aimed at narrating, in every voice and language, the epic of resistance to war by the communities, the epic of the victims, and the epic of those who fought the war, especially the epic of those who surrendered their arms. It also examines some of the current poetic narratives and the dramatic procedures of media narratives.

Keywords: memory poetics, art, conflict, peace.

Le présent article traite du contraste entre le récit poétique et le récit médiatique du conflit colombien. Les deux récits utilisent les drames assistants à la fondation de la culture patriarcale, à savoir, des mythes tels que le meurtre du père, la dispute mortelle entre les frères, etc. Le récit poétique cherche à poser des questions sur le conflit. Le récit médiatique utilise presque toujours ces mythes afin que la citoyenneté s'identifie aux sentiments qui justifient la guerre, comme notamment la haine, la vengeance, le désespoir et la désillusion: cette guerre, personne n'y met fin. Dans l'essai nous proposons un programme d'art pour relater, dans toutes les voix et langages, l'épique de la résistance à la guerre par les communautés, l'épique des victimes, et l'épique des ceux qui ont fait la guerre, en particulier l'épique de ceux qui ont déposé les armes. Nous nous rapprochons des processus dramaturgiques des récits médiatiques.

Mots-clés: mémoire, poétique, art, conflit, paix.

La verdad os hará libres.

SAN JUAN

Todo documento de cultura es también un documento de la barbarie.

WALTER BENJAMIN

Todo esto que forma parte de lo que hay que relatar y del relato en sí, lo he comprendido bajo la palabra poesía, con el fin de poder emplear para mi propósito la verdad de la que yo fuera consciente.

J. W. GOETHE

Colombia es hoy un ejemplo para el mundo. Por la vía del diálogo y de un Acuerdo de Paz busca terminar la guerra más larga y cruenta del hemisferio occidental. La guerrilla más grande y poderosa del hemisferio dejó las armas y se ha convertido en partido político. La paz ahora es posible. Hace unos meses, la directora del Hospital Militar dijo a la prensa: “hoy hay solo dos soldados heridos, por accidente. Antes había cuatrocientos soldados heridos de guerra”. La segunda guerrilla —el ELN— ha estado en conversaciones con el anterior gobierno; conversaciones que una parte importante de la sociedad espera que se reanuden.

Pero la paz está en vilo: las muertes y los atentados contra dirigentes sociales, en especial campesinos y exguerrilleros desarmados, no cesan. Ya son más de quinientos líderes y cerca de un centenar y medio de exguerrilleros asesinados¹; en los últimos meses asesinan un líder casi a diario.

Estos crímenes y los ataques al proceso de paz por el grupo político que ahora gobierna han generado una vigorosa resistencia y la aparición de un movimiento ciudadano y multipartidista: Defendamos la Paz. También, infortunadamente, esta nueva matanza y los ataques al proceso de paz por el partido de gobierno han llevado a un pequeño grupo de la exguerrilla de las FARC a declarar públicamente que vuelven a las armas, para, triste paradoja, buscar un nuevo acuerdo de paz. Desafortunada decisión que da razones a los guerrilleros que se oponen a la paz. Una decisión que no reconoce que este proceso de paz ha fragmentado al establecimiento, siempre unido para hacer la guerra. Esa fragmentación hace que este sea un momento histórico extraordinario en el que por primera vez es posible derrotar a los ominosos poderes de la guerra. Por ello, es necesario perseverar en la construcción de la paz, así cada día asesinan a un nuevo líder social o a otro guerrillero en paz. Esa violencia es la fuerza que tienen esos poderes. Su respuesta sangrienta era de esperarse. Sectores muy poderosos de las clases hegemónicas, hoy en el gobierno, tienen en la guerra la

1. “702 líderes sociales y 135 excombatientes habrían sido asesinados desde la firma del Acuerdo en el 2016”, *El Espectador*, mayo 23, 2019. Disponible en: <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/702-lideres-sociales-y-135-excombatientes-habrian-sido-asesinados-desde-firma-del-acuerdo-articulo-862367?fbclid=IwAR2it-CC98Lleylcv8qJJ-dlCt2j3zh0XmF6KqwumThBIB1R78UqKyK-iQV8> (consultado el 23/05/2019).

gran fuente de poder y de enriquecimiento. Gobiernan con el terror. Se enriquecen en los tiempos de guerra con la matanza y el despojo.

La guerra es un gran negocio². Ocupa la imaginación, la voluntad y el trabajo de cerca de quinientas mil personas en armas entre Ejército y Policía. Genera inmensas ganancias a los comerciantes bélicos; en los últimos quince años el Estado colombiano ha dilapidado en la guerra 116.798 millones de dólares, casi ocho mil millones de dólares por año³. A esa cifra habría que sumarle los negocios del miedo, que hacen tan rentable la seguridad privada: trescientos mil vigilantes en las puertas y pasillos de bancos, almacenes, supermercados, universidades, etc. Los, quizá, cien mil o más que cuidan las familias de los multimillonarios. Lo que han gastado las guerrillas. Lo que gastan los narcoparamilitares. Habría, también, que sumarle las otras actividades que florecen con la guerra: los negocios del oro y la minería ilegal, que, según un estudio del Ejército Nacional, son de 7,2 billones de pesos por año, aproximadamente 2.400 millones de dólares anuales⁴. Y el narcotráfico, que, según informe del periódico económico *La República*, genera 10,2 billones de pesos, unos 3.400 millones de dólares al año⁵. Y el gigantesco negocio del robo de tierras que ha llevado a Colombia a tener una de las más altas concentraciones de la propiedad rural del mundo. Se estiman en ocho millones de hectáreas las tierras despojadas al campesinado. Según Oxfam, el 1 % de las fincas concentra el 81 % de la tierra, mientras el 19 % de la tierra restante se reparte entre el 99 % de fincas⁶. Y los negocios de la corrupción, que el contralor general de la nación estima en cincuenta billones de pesos anuales, un 4 % del producto interno bruto, unos 17.000 millones de dólares por año⁷. Por último, la economía subterránea —que teje numerosos lazos con la guerra interna porque incluye la economía informal y los diversos negocios de la ilegalidad como el contrabando, el narcotráfico, la corrupción, la minería, el lavado de activos, etc.—, según un estudio de la Asociación Nacional de Instituciones Financieras —ANIF—, llega a 304 billones de pesos anuales, el 35 % del producto interno bruto, unos ciento cinco mil millones de dólares anuales!⁸ Con todas estas cifras no cabe duda de que quienes se lucran con los negocios de la guerra habrán de oponerse a la construcción de la paz.

2. Ver Diego Otero Prada, *Gastos de guerra en Colombia. 1964-2016: 179 000 millones de dólares perdidos* (Bucaramanga: Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz – Indepaz, 2016). Versión en línea: <http://www.indepaz.org.co/wp-content/uploads/2018/09/Los-Gastos-de-la-Guerra.pdf>.

3. Ver Diego Otero Prada, *Gastos de guerra en Colombia. 1964-2016: 179 000 millones de dólares perdidos* (Bucaramanga: Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz – Indepaz, 2016). Versión en línea: <http://www.indepaz.org.co/wp-content/uploads/2018/09/Los-Gastos-de-la-Guerra.pdf>.

4. Ver Federico Mejía Torres, “Información: Estadísticas explotación ilícita de yacimientos mineros. Costos”, *Ejército Nacional*. Disponible en: <https://docplayer.es/54311286-Informacion-estadisticas-explotacion-ilicita-de-yacimientos-mineros-costos-cr-mejia-torres-federico-alberto.html> (consultado el 23/05/2019).
5. “El peso del narcotráfico en la economía”, *La República*, septiembre 15, 2017. Disponible en: <https://www.larepublica.co/opinion/editorial/el-peso-del-narcotrafico-en-la-economia-2548515> (consultado el 23/05/2019). “Lo que mueve el narcotráfico en la economía colombiana”, *Portafolio*, julio de 4, 2018. Disponible en: <https://www.portafolio.co/economia/lo-que-mueve-el-narcotrafico-en-la-colombiana-518709> (consultado el 23/05/2019).
6. Antonio Paz Cardona, “Un millón de hogares campesinos en Colombia tienen menos tierra que una vaca”, *Semana Sostenible*, mayo 25, 2018. Disponible en: <https://sostenibilidad.semana.com/impacto/articulo/concentracion-de-la-tierra-en-colombia-el-1-por-ciento-de-las-fincas-mas-grandes-ocupan-el-81-por-ciento-de-la-tierra/40882> (consultado el 25/05/2019).
7. “Saqueo de la corrupción equivale a casi un billón de pesos por semana”, *El Tiempo*, febrero 26, 2017. Disponible en: <https://www.eltiempo.com/justicia/delitos/precio-de-la-corrupcion-en-colombia-61749> (consultado el 25/05/2019).
8. “Economía subterránea en el país equivale al 35 por ciento del PIB”, *El Tiempo*, junio 11, 2017. Disponible en: <https://www.eltiempo.com/economia/sectores/peso-de-la-economia-subterranea-en-el-pib-de-colombia-97638> (consultado el 25/05/2019).

La cantidad de víctimas que produce la guerra es proporcional al número de réditos y ganancias que deja a quienes se lucran de ella: más de ocho millones de desplazados internos, la gran mayoría campesinos y campesinas despojados de sus tierras; entre seis y ocho millones de desplazados externos; un millón de mujeres abusadas sexualmente; más de medio millón de muertos; más de cien mil desaparecidos; más de cinco mil fosas comunes; cerca de diez mil presos políticos; miles de secuestrados; trescientos pueblos destruidos. A ello se suman doscientas mil hectáreas sembradas de plantas para usos ilícitos e innumerables fuentes de agua contaminadas y ríos destruidos por la minería ilegal. Este es el desastre humanitario y ambiental más vasto del hemisferio occidental.

LOS DESAFÍOS DE LA PAZ

Nuestro principal desafío emotivo colectivo es consolidar la paz como el gran relato nacional. En Colombia han perdurado las narraciones de los señores de la guerra, que silencian o desean silenciar y criminalizar otras visiones, ganarse las mentes y los corazones, la emoción y el pensamiento de la ciudadanía para mantenerla. La guerra retorna siempre con más ferocidad e impone el relato oficial. Pero en ese relato oficial no hay lugar para la visión de los vencidos. Porque no hay vencidos en esta guerra. Ese relato oficial apenas si deja escuchar la tenacidad amorosa y resistente de las voces de los muertos y los desaparecidos, de las familias despojadas, de la multitud huyente, desterrada. Tampoco permite oír la épica de los guerreros rebeldes. No existe aún esa épica. Ni la épica de los asesinos de fortuna. Ni la épica de los soldados y oficiales, cuyo relato real también está silenciado por los relatos oficiales. Incluso, uno de los relatos que desea ser hegemónico es el relato que niega la guerra, niega los crímenes de Estado y desea reducir a terrorismo y a “amenaza terrorista” la rebelión, la protesta ciudadana y la resistencia de las víctimas y de quienes deseamos la paz.

Hemos vivido por más de medio siglo en guerra: las instituciones del Estado, la economía, la sociedad, la cultura y el relato nacional oficial se han organizado alrededor de ella, y para ella.

Hacer realidad los Acuerdos de Paz en los territorios es un desafío mucho mayor que continuar la guerra. Un desafío para la creatividad, la bondad y la fraternidad humanas con el fin de construir la paz y hacer de esta el gran relato nacional.

Para implementar estos Acuerdos y construir la paz completa es imprescindible el apoyo del mundo, de las gentes constructivas y creativas que aman y creen en la fraternidad; que se preguntan por las pulsiones destructivas que conforman lo humano; que se interesan por comprender estas pulsiones al conocer las historias, los hechos de



la guerra, la épica de las víctimas y la épica de quienes hicieron la guerra; y también conocer la épica y la tenacidad de quienes han resistido al conflicto e insistido y trabajado por la paz.

Para construir la paz y hacer de esta nuestro gran relato, el país necesita de un gran proyecto de arte, de educación artística y de cultura que contribuya a transformar el dolor en memoria poética y en fuerza para perseverar en la existencia, para desarmar los imaginarios del odio y la venganza, del escepticismo y la desesperanza, sembrados en el alma colectiva por la propaganda y los horrores de la guerra.

Una paz que no se cante, que no se pinte en las calles, en las escuelas, en las casas, que no sea relato poético, cine, literatura, teatro, danza, *performance*; una paz que no florezca en una nueva televisión, en una nueva prensa, que no construya una memoria poética común, la nueva leyenda de lo que somos y hemos sido y deseamos ser, no arraigará en el alma colectiva, no conmoverá nuestras voluntades, no transformará nuestra sensibilidad, no animará nuestros cuerpos. No desatará nuestro imaginario colectivo atrapado por la fiesta de la sangre y de la muerte.

EL ARTE COMO MEMORIA POÉTICA DE NUESTRA CONFLICTIVIDAD SOCIAL

Por varios siglos en Colombia hemos necesitado la memoria poética para conocer la verdad sobre las guerras, los crímenes de Estado y el horror persistente. Hemos necesitado transmutar en actos de cultura y en documentos de arte y memoria poética los hechos de la barbarie y de la resistencia a esta, para que reconozcamos la verdad de lo que hemos vivido.

José Eustasio Rivera denunció, como político y periodista, el genocidio de los pueblos indígenas amazónicos en las caucherías, donde fueron esclavizados para proveer a las multinacionales que se lucraban de ellos. Nadie le creía. Solo su novela *La vorágine* guardó para siempre en la memoria colectiva esos hechos terribles.

Arturo Cova, su personaje, nos atrapa en la épica de esa selva desmesurada desde el rumor de su memorable frase inicial; la repetimos en la mente sus lectores y los que aún no lo son, porque, como el incipit de *Cien años de soledad*, es ya una música de la memoria, de la literatura y, quizá, de la misma lengua: “Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la violencia”⁹. Ella canta el dilema doloroso de esta tierra nuestra y de los guerreros que aquí son devorados por las guerras. Y pareciera trazar un mantra y un destino a nuestra literatura y nuestras artes, quizá hasta que logremos, con el cantar, conjurar esta desdicha.

La vorágine guarda un eco poderoso de la ética latente en los mitos y relatos de los pueblos indígenas que habitan los atormentados ríos de la novela, para quienes la

9. José Eustasio Rivera, *La vorágine* (Madrid: Alianza Editorial, 2009).

cultura puede destruir la naturaleza, y, por ello, esos relatos prescriben prohibiciones y rituales para que la cultura, la sociedad humana, indígena, cuide de ella. En *La vorágine* también se nos revela que el verdadero peligro para la vida no está en los tigres ni en la violencia vital de los ríos en sus crecidas; que la amenaza para los hombres no es la selva; que la amenaza para la vida —y para la selva y sus ríos— está en la crueldad, la codicia y la inhumanidad de nuestra especie, que desespera hasta la locura y la muerte a los empresarios caucheros de la novela.

Recientemente, a partir de una cuidada investigación que se inspira, entre otros documentos, en *La vorágine* y en el libro del gran etnógrafo alemán Theodor von Grünberg, *Dos años entre los indios del Amazonas*, Ciro Guerra realizó la película *El abrazo de la serpiente*, que vuelve sobre el genocidio indígena de las caucherías, ahora contado tanto desde la poesía de los mitos y las sabidurías indígenas ancestrales y shamánicas del Orinoco y del Amazonas, como de la valoración que la antropología hace de esas sabidurías y su universo espiritual. Nuestro mundo académico, nuestra sociedad y nuestra cultura mestiza tienen mucho que aprender de la ética de sus mitos y ritos, de su ciencia, su filosofía y su poética, para proteger la vida, crear relaciones sensibles y equilibradas entre cultura y naturaleza, y construir la paz.

En 1926 los socialistas y comunistas fundaron el Partido Socialista Revolucionario. Su dirigente María Cano hizo una exitosa gira por el país llamando a la organización de la clase trabajadora. En 1927 los obreros petroleros hicieron una huelga contra la multinacional *Tropical Oil*. Se vivía en el país un ambiente de intensa agitación social. Camila Loboguerrero filmó en 1990 *María Cano*, bella película sobre esta extraordinaria mujer y esos hechos silenciados.

El 13 de noviembre de 1928 los trabajadores de la compañía bananera norteamericana *United Fruit Company* declararon la huelga. Dos semanas antes, el Gobierno nacional había promulgado una ley que prohibía las huelgas y perseguía a los socialistas y comunistas: la Ley Heroica. Amparado en esa ley, el gobierno conservador de Abadía Méndez nombró jefe civil y militar de la Zona Bananera al general Carlos Cortés Vargas y declaró ilegal la huelga.

En la noche del 5 al 6 de diciembre de 1928 una multitud de huelguistas y sus familias, reunida en la plaza de Ciénaga a la espera de una respuesta de la empresa a sus demandas de justicia económica, fue masacrada por el Ejército.

Jorge Eliécer Gaitán filmó los cadáveres insepultos en una ciénaga y con esa prueba denunció en el Congreso la matanza que el Gobierno negaba: culpó al presidente Miguel Abadía Méndez: “el Gobierno colombiano tiene la metralla homicida para el pueblo y la rodilla puesta en tierra ante el oro americano”, dijo. Rendón hizo caricaturas en la prensa.

El presidente insistió: “Aquí no ha pasado nada. Fueron apenas cuarenta y siete muertos. Los huelguistas estaban armados. La tropa disparó en defensa propia”.

Pero la verdad de esa masacre se hizo memoria poética pública con grandes obras del arte colombiano: con pinturas de Débora Arango; con novelas de García Márquez, como *La mala hora*, *La hojarasca* y *Cien años de soledad*. En esta última hace un conmovedor relato de la dignidad suicida de los obreros y sus familias:

—Señoras y señores —dijo el capitán con una voz baja, lenta, un poco cansada—, tienen cinco minutos para retirarse. La rechifla y los gritos redoblados ahogaron el toque de clarín que anunció el principio del plazo. Nadie se movió. —Han pasado cinco minutos— dijo el capitán en el mismo tono. Un minuto más y se hará fuego. José Arcadio Segundo, sudando hielo, se bajó al niño de los hombros y se lo entregó a la mujer. ‘Estos cabrones son capaces de disparar’, murmuró ella. José Arcadio Segundo no tuvo tiempo de hablar, porque al instante reconoció la voz ronca del coronel Gavilán haciéndoles eco con un grito a las palabras de la mujer. Embriagado por la tensión, por la maravillosa profundidad del silencio y, además, convencido de que nada haría mover a aquella muchedumbre pasmada por la fascinación de la muerte, José Arcadio Segundo se empinó por encima de las cabezas que tenía enfrente, y por primera vez en su vida levantó la voz. —¡Cabrones! —gritó—. Les regalamos el minuto que falta.¹⁰

García Márquez hace memoria poética de la negación oficial de esta matanza; negación que nos presenta como causa de la *peste del olvido* que sufre la nación. Cuenta en otra escena:

José Arcadio Segundo no habló mientras no terminó de tomar el café. —Debían ser como tres mil— murmuró. —¿Qué?— Los muertos —aclaró él—. Debían ser todos los que estaban en la estación. La mujer lo midió con una mirada de lástima. “Aquí no ha habido muertos”, dijo, “desde los tiempos de su tío, el coronel, no ha pasado nada en Macondo.

Otra de las novelas de culto de la literatura colombiana, *La casa grande*, de Álvaro Cepeda Samudio, también hace memoria poética de la profunda herida colectiva de esa matanza. En “Soldados”, su capítulo inicial, dos soldados discuten si el Ejército está para reprimir huelgas: “Nosotros no estamos para eso”, dice uno. “Nosotros estamos para todo”, replica el otro¹¹.

Uno de los dos se escapa para ir a una casa de prostitución y termina violando a una adolescente en el patio de la casa vecina. El que se queda participa en la matanza: cuando dan la orden, dispara. Son dos poderosas voces: el relato del violador: “ella se dejó”, dice. Y el relato del que participa en la matanza: “No tenía que matar a un

10. Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad* (Madrid: Alfaguara, 2017).

11. Álvaro Cepeda Samudio, *La casa grande* (Madrid: La navaja suiza, 2017).

hombre que no conocía”. “Pude apuntar y no disparar”. “Es la costumbre de obedecer”, trata de serenarlo el otro.

La casa grande fue inspiradora para la fundación del nuevo teatro colombiano y de una nueva dramaturgia nacional. Con *Soldados* se inauguró el Teatro La Candelaria, hace cincuenta y tres años. Luego, el maestro Enrique Buenaventura la recreó con el Teatro Experimental de Cali, en 1970. Hace poco el Matacandelas de Medellín montó toda la novela. Con mi grupo Tramaluna Teatro, grupo de la Corporación Colombiana de Teatro, estrenamos recientemente una nueva versión y estamos montando *El padre*, otro de los cuadros de esta novela fundacional.

EL ASESINATO DE GAITÁN, LA VIOLENCIA Y LAS GUERRILLAS LIBERALES EN EL TEATRO Y LA LITERATURA

El 9 de abril de 1948 fue asesinado el líder Jorge Eliécer Gaitán, hombre de ideas liberales socialistas. Gaitán iba a ser el seguro ganador de las próximas elecciones presidenciales. La oligarquía, derrotada por los escándalos de corrupción, no tenía a quién enfrentar con Gaitán.

Gaitán había politizado a la ciudadanía con sus propuestas de reformas democráticas, con su carisma, con el uso inteligente y novedoso de la radio y de las artes en la política; con sus viernes culturales; con la resistencia pacífica ante la violencia política impuesta por el gobierno conservador de Ospina Pérez, Laureano Gómez y los líderes empresariales y latifundistas de la oligarquía liberal-conservadora que buscaban impedir a cualquier costo que Gaitán y su grupo político ganara las elecciones. Gaitán lideraba una organización nacional con núcleos en la mayoría de los pueblos y de las ciudades del país.

El gobierno conservador, con la asesoría del falangismo franquista, organizó una policía política estatal, los chulavitas, y a grupos paramilitares conocidos como ‘pájaros’, fuerzas que iniciaron el genocidio del movimiento liberal gaitanista y un nuevo despojo de tierras al campesinado. Contra ese genocidio se levantó un movimiento guerrillero: las guerrillas liberales. La historia llamó a esos años *La Violencia*. Pero los dirigentes de la resistencia liberal, los líderes guerrilleros y el pueblo liberal en rebelión lo llamaron *La Revolución*.

De los años apocalípticos de la Violencia —o de la revolución liberal— tenemos también los relatos del horror y de la resistencia en las novelas *Viento seco*, de Daniel Caicedo, y *Cóndores no entierran todos los días*, de Gustavo Álvarez Gardeázabal. Novelas que han inspirado nuestro cine. Francisco Norden hizo una versión cinematográfica de *Cóndores no entierran todos los días*. Se siente la gravitación de *Viento*

seco en los incendios de las veredas campesinas y en la huida a la ciudad de la pareja de *La primera noche*, de Alberto Restrepo, filme que muestra cómo hoy día el Ejército promueve y ejecuta, junto a los paramilitares, los mismos crímenes de hace sesenta años. Como si el reloj del tiempo histórico siguiera en el 9 de abril de 1948.

Se levantó una resistencia popular y campesina formidable contra el genocidio y contra el despojo de tierras, ejecutados ya no solo por la policía chulavita y por los pájaros o paramilitares de la época sino por todas las fuerzas armadas a las órdenes del gobierno conservador de Ospina Pérez y Laureano Gómez.

Las guerrillas liberales crecieron y se hicieron muy fuertes. Y en numerosos hechos de guerra derrotaron militarmente al Gobierno y sus fuerzas militares, policiales y paramilitares. Esto obligó a la oligarquía liberal-conservadora a dar un golpe de Estado cívico-militar contra el gobierno conservador. Se instauró una junta militar presidida por el general Gustavo Rojas Pinilla. Ese gobierno militar prohibió por decreto el comunismo. Ser comunista era delito. Y, con la intermediación de los jefes políticos del liberalismo, algunos de ellos antiguos gaitanistas, la dictadura militar acordó la paz con las guerrillas liberales, la entrega de tierras, ganados y créditos para el campesinado, y la entrega de las armas y la amnistía para las guerrillas, comandadas por Guadalupe Salcedo Unda, líder campesino de los llanos orientales que llevaba siempre a sus espaldas su fusil para combatir y su cuatro para cantar joropos —la música tradicional de los llanos orientales colombo-venezolanos—. Esta negociación de paz fue traicionada y Guadalupe y numerosos líderes guerrilleros fueron asesinados. Solo un pequeño reducto no negoció y se fue a las montañas del sur, a colonizar la selva, a fundar nuevas fincas.

Guadalupe años sin cuenta, del Teatro La Candelaria, una de las obras emblemáticas del movimiento del nuevo teatro colombiano, cuenta la traición de ese pacto y cuenta los hechos de la historia política que rodean la épica del levantamiento armado. En *Guadalupe años sin cuenta* actrices y actores terminan la escena y frente al público salen de sus personajes y se transforman en coro popular que, cantando joropos, con cuatro, arpa y maracas, comenta la acción, presenta los personajes y hace preguntas al público. Este es el joropo inicial de *Guadalupe años sin cuenta*:

Pido permiso al trovero
Para relatar la historia
De más ingrata memoria
Que tiene el pueblo llanero
Fue por los años cincuenta
Que en toda Colombia entera
Se desató la violencia



De una y de otra manera
Nos dicen los sabedores
Que arriba mandaba un godo
Que armó a los conservadores
Para quedarse con todo.
Ganaderos y baquianos,
caporales y encargados,
los indios y los copleros
todos llaneros templados
Opusieron a la muerte
Su coraje y su valor
Contra aquellas injusticias
Que el gobierno desató
Pero esta matanza fiera
No era de azules ni rojos
Era pueblo contra pueblo
era hermano contra hermano.
En la historia que contamos
Muchos nombres no aparecen
La violencia fue tan grande
Que cimbró hasta el continente
Si Guadalupe Salcedo
No aparece en mi cantar
Su nombre nombra mi canto
Del moriche hasta el palmar
Son hombres de todo el pueblo
Los que hicieron esta historia
Tengámoslos bien presente
Recordemos la memoria
Con la honradez de mi canto
Con esfuerzo popular
Con respeto y mil perdones
Les vamos a interpretar
Historias que nadie cuenta
Y ocurrieron de verdad
Póngale muy bien los ojos
A lo que va a presenciar

De los tiempos de violencia
Contaremos lo preciso
Pido permiso al trovero
Permiso a la concurrencia.¹²

Guadalupe años sin cuenta nos permite entender que los orígenes del actual movimiento guerrillero —el que ha acordado la paz con el Estado— está en la traición al acuerdo de paz de las guerrillas liberales de los años cincuenta, en el asesinato a sus líderes y la persecución sin tregua, judicial y criminal, a quien fuera sospechoso de ser o haber sido gaitanista.

Notables relatos de la memoria poética y de la memoria narrativa e histórica nos revelan que los fundadores del actual movimiento guerrillero, que dejó las armas al firmar el Acuerdo de Paz y convertirse en partido político, son esos guerrilleros que no se entregaron y se refugiaron en las selvas. Una rica crónica de estos hechos está en investigaciones y obras literarias del escritor Alfredo Molano como *Los años del tropel*, *Trochas y fusiles*, *Siguiendo el corte* y otras. Y en las del cronista y narrador Arturo Alape, como *Las vidas de Pedro Antonio Marín* y *El Bogotazo*. También en los relatos de Pedro Claver Téllez.

La novela de García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba*, describe el pulso de la tenacidad y de la esperanza humana del coronel, en medio de las herencias del desastre, la pobreza y la desolación que dejó la Violencia. Nos muestra que esa guerra transformó el orden social, cultural y económico: en ella se enriquecieron los que se robaron las tierras y los bienes de las familias de los liberales desplazados y de los asesinados. El rico del pueblo, don Sabas, aunque liberal, se salvó de las matanzas y se quedó con las tierras de los campesinos despojados y masacrados de la región. También las artes plásticas han dejado una conmovedora obra sobre esos años. Alrededor de la pintura *La Violencia*, de Alejandro Obregón, gravitan trabajos de primer orden de nuestras artes visuales. El arte ha hecho memoria poética pública de nuestra historia silenciada, mentida y negada por la historia oficial, por el poder.

Con los hechos de esa historia, el arte nuestro ha construido verdades poéticas que nos revelan en sus metáforas la oculta o perdida verdad humana de lo vivido, una verdad poética que transforma el dolor, el horror y los despojos en fuerza para perseverar en la existencia. Y en preguntas, las preguntas filosóficas fundamentales: quiénes somos o creemos ser, de dónde venimos, qué hemos vivido, qué deseamos. El arte —a semejanza del psicoanálisis— explora la verdad de la vida personal y de la vida colectiva. Para el arte se trata de una verdad poética, metafórica, que se nombra “oblicuamente”, como canta Emily Dickinson en uno de sus reveladores poemas:

12. Teatro La Candelaria, *Guadalupe años sin cuenta* (Bogotá: Libro al viento, 2016).

1129

Di la verdad entera pero dila sesgada.
El logro está en decirla oblicuamente.
Demasiado brillante para que la gocemos,
Es la verdad alta sorpresa,
Como para el niño el relámpago
Que alguna explicación benévola mitiga.
Que la verdad deslumbre gradualmente,
No sea que quedemos ciegos.¹³

Es igual el propósito o el desafío de Goethe en *Poesía y verdad*, obra de autoanálisis de su obra poética y su vida: “Todo esto que forma parte de lo que hay que relatar y del relato en sí, lo he comprendido bajo la palabra *poesía*, con el fin de poder emplear para mi propósito la verdad de la que yo fuera consciente”.

Para el psicoanálisis, recordar, contar y comprender la escena traumática olvidada posibilita el fin del dolor psicológico y sus síntomas. Para la ciencia del derecho y de la justicia de los derechos humanos, sin el entramado de la verdad, de las causas y motivaciones, y el relato y las pruebas que descubren a los responsables de los hechos victimizantes, no es posible reparación ni se puede garantizar que el horror no se repita.

LOS ORÍGENES DE ESTA GUERRA A LA QUE BUSCAMOS SU FIN

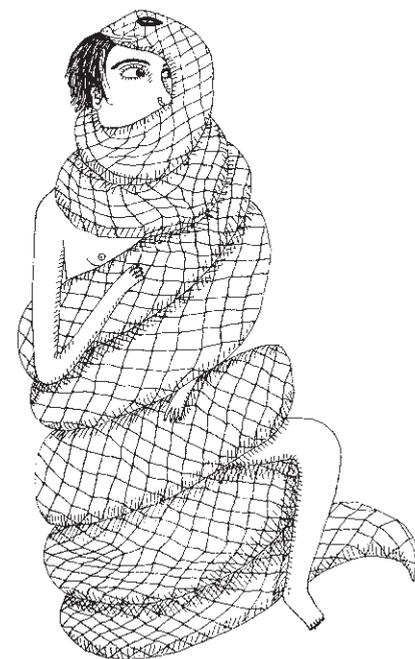
La dictadura militar de Rojas Pinilla fue derrocada por un movimiento cívico. Los líderes de la oligarquía liberal conservadora, los que habían impuesto la violencia para impedir que Jorge Eliécer Gaitán y su movimiento liberal democrático ganaran las elecciones y llegaran al poder, esos líderes hicieron un pacto para repartirse entre ellos, por dieciséis años consecutivos, el gobierno: un período sería presidente un líder de la oligarquía liberal, al siguiente uno de la conservadora. Y los cargos burocráticos en cada gobierno se repartirían por mitades entre los dos partidos. A ese pacto lo llamaron el Frente Nacional. Era un pacto que excluía cualquier otro partido. Los comunistas seguían perseguidos y excluidos de la vida política. Y esa exclusión y persecución al comunismo se volvió también parte de la política militar del Ejército y del Estado. Una política impuesta por los Estados Unidos. En 1962 el gobierno del Frente Nacional recibió la visita de la misión del general Yarborough, director de la Escuela especial de guerra de los Estados Unidos, enviado por el Gobierno norteamericano a Colombia y a otros países de América Latina, para prevenir el contagio de la

13. “Tell all the truth but tell it slant / Success in Circuit lies / Too bright for our infirm / Delight the Truth’s superb surprise / As Lightning to the Children eased / With explanation kind / The Truth must dazzle gradually / Or every man be blind”. Versión de José Manuel Arango. “Cinco versiones del poema 1129 de Emily Dickinson”, *Página 12*, mayo 6, 2018. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/112722-cinco-versiones-del-poema-1129-de-emily-dickinson> (consultado el 25/05/2019).

revolución cubana. La misión del general Yarborough era la continuidad de la misión Especial de Estudio, integrada por expertos de contrainsurgencia que el Gobierno de los Estados Unidos enviara en 1959 para analizar la situación de seguridad interna en Colombia. Esta misión ordenó cambiar los manuales de instrucción del Ejército colombiano para aplicar la política de guerra contrainsurgente y anticomunista en Colombia: “poner en acción funciones de contra-agentes y contra-propaganda [...] impulsar sabotajes y/o actividades terroristas paramilitares contra conocidos partidarios del comunismo”. El padre jesuita Javier Giraldo, director del Cinep, uno de los más importantes centros de estudio de los movimientos sociales y del conflicto armado en Colombia, publicó el informe —hoy desclasificado— de la misión del general Yarborough en el documento *Noche y niebla. Los gobiernos de los Estados Unidos y el paramilitarismo colombiano*¹⁴.

LA FUNDACIÓN DE LAS FARC

Con la persecución y el asesinato a los líderes guerrilleros liberales gaitanistas y la traición a la negociación de paz con las guerrillas de Guadalupe Salcedo, los campesinos e indígenas, antiguos guerrilleros liberales que no negociaron la entrega de armas se convirtieron en movimiento campesino “de autodefensa”, y se fueron a las montañas y selvas del sur del país: Marquetalia, Río Chiquito, El Pato, Guayabero-Ariari. A refugiarse y a colonizar, a hacer nuevas fincas. Arturo Alape hace una notable crónica de estos hechos en *Las vidas de Pedro Antonio Marín*. También Alfredo Molano investigó y publicó poderosos relatos sobre estos hechos silenciados por la historia oficial. Guillermo León Valencia, primer presidente conservador del Frente Nacional, acusó a esas comunidades de campesinos resistentes de ser “repúblicas comunistas independientes”. Y con asistencia norteamericana organizó una inmensa operación militar de contrainsurgencia, el Plan Laso o *Latin American Security Operation*, la versión nacional para prevenir el avance del comunismo en América Latina: 16.000 soldados, helicópteros, aviones con bombas con agentes biológicos y napalm, y máquinas de guerra moderna, para atacar a una comunidad de familias campesinas. Familias de campesinos, colonos e indígenas, que ya venían padeciendo la persecución y el cerco militar de los pájaros y los guerrilleros liberales vueltos anticomunistas y del Ejército, que, como en la matanza de las bananeras, ejercía por decisión del Gobierno nacional el gobierno local en los departamentos del sur del país donde crecía el movimiento campesino. Estos campesinos resistentes, ante la gigantesca operación militar del Plan Laso, el 20 de mayo de 1964 enviaron el documento *Carta abierta de los colonos y campesinos de Marquetalia al presidente Guillermo León Valencia*. En la carta le dicen



14. Banco de Datos de Violencia Política, *Noche y niebla. Deuda con la humanidad. Paramilitarismo de Estado en Colombia 1988-2003* (Bogotá: Banco de Datos – Cinep, 2004). Disponible en: <https://www.nocheyniebla.org/wp-content/uploads/u1/casotipo/Deuda01.pdf> (consultado el 25/05/2019).

que son gente de bien, familias campesinas, trabajadoras, que lo único que exigen es respeto por parte de las autoridades, que cesen los continuos ataques y atentados de los pájaros o bandoleros “frentenacionalistas” y del Ejército. Piden vías de comunicación e inversiones del Estado para sacar los productos de sus fincas. Y reclaman su derecho a ser oposición política contra el Frente Nacional. La carta le hace al presidente Valencia una detallada descripción con nombres, fechas y sitios, de sus víctimas y de los militares y paramilitares victimarios; de numerosos atentados y asesinatos contra sus líderes y los colonos e indígenas; de robos, incendios y destrucciones; de invasiones y despojo de propiedades; y del descomunal cerco militar que el Gobierno había dispuesto en la zona de Marquetalia para atacar a unas familias campesinas. En su parte final la carta dice:

Exigimos al gobierno el inmediato retiro de todas las fuerzas oficiales de la región, incluidos retenes, puestos, servicios especiales de inteligencia, soplones y bandidos frentenacionalistas. Así mismo, exigimos restituir el principio de autoridad y las facultades de administración a los poderes departamentales del Huila, Tolima, Valle y Cauca, que hoy no juegan su papel porque han sido sustituidos por el poder de los altos mandos militares. Asimismo, pedimos el restablecimiento de las escuelas ocupadas hoy por las fuerzas militares, la apertura de carreteras, caminos vecinales, puestos de salud, restablecimiento para el gremio de la arriería de sus derechos de profesión... De la misma manera, devolución inmediata de los bienes de campesinos y colonos usurpados por las fuerzas militares reaccionarias y juicios sumarios públicos contra los militares aquí denunciados. Finalmente, señor presidente, no sobrá advertir a su excelencia y a sus más inmediatos colaboradores de los altos mandos militares, que sabremos cobrar caro la vida de nuestros dirigentes y cada colono, campesino o indígena que sea víctima de la nueva agresión a Marquetalia. Señor presidente, estamos dispuestos a morir peleando, antes que morir de rodillas ante los verdugos del pueblo colombiano.¹⁵

El Gobierno les atacó: como en Vietnam, les arrojaron napalm y agentes biológicos. Pero resistieron, y rompieron el cerco militar, porque aquí la resistencia ha sido constante, desde la Conquista española. Lo que el Gobierno consiguió fue, de nuevo, la rebelión armada: refundó las guerrillas. Desde entonces, nuestras élites y los poderes imperiales a los que ellas se han subordinado buscaron la victoria militar como único camino hacia la paz. Esa búsqueda implicó la construcción de un imaginario proclive a la guerra: que la ciudadanía se identificase con la fábula religiosa y contrainsurgente de un enemigo interno, encarnación del mal y responsable de la guerra y de las desgracias de la sociedad.

15. “Carta abierta de los colonos y campesinos de Marquetalia al presidente Guillermo León Valencia”.

EL IMAGINARIO CONTRAINSURGENTE O EL ENEMIGO INTERNO: GANARSE LOS CORAZONES Y LAS MENTES DE LA CIUDADANÍA PARA LA GUERRA

Las heridas culturales de la guerra, la mutación cultural que ha producido la guerra, no solo son resultado de la acción degradada de los diversos ejércitos contra las poblaciones inermes, no solo resultan del ominoso quebrantamiento de todas las prohibiciones éticas, de los horrores de la guerra, usados como estrategia de quebrantamiento del llamado “enemigo”: asesinatos, masacres, descuartizamientos, desapariciones forzadas, tumbas sin nombre, fosas comunes, cuerpos sepultados en los ríos, violaciones, torturas, esclavización, reclutamiento de menores, secuestros, destrucción de pueblos, toma de rehenes, cercos militares, montajes judiciales, encarcelamientos de inocentes, violación por las fuerzas del Estado de toda legalidad. Las heridas culturales son resultado de los horrores de la guerra y también de la propaganda. De cómo se relata la guerra y sus horrores a la ciudadanía urbana que no la padeció de modo directo. El relato y la justificación de esta son esenciales a ella, para ganarse las mentes y los corazones de la ciudadanía, para identificarla con el imaginario contrainsurgente del enemigo interno.

La ciudadanía colombiana ha estado sometida durante décadas a una guerra psicológica que busca sembrar en el corazón, en las mentes y en las fibras del alma de cada persona y del alma colectiva la idea de que nos amenaza un mal: el mal de un enemigo interno, que es la causa de todas nuestras desgracias, el culpable, un enemigo al que hay que hacerle la guerra y eliminarlo para ganar la paz.

Los publicistas de la guerra utilizan deseos, imágenes y arquetipos inconscientes —en especial los arquetipos patriarcales— para manipular a la ciudadanía a través de la propaganda y hacerle creer que es verdad lo que le cuentan, sumiéndola en un estado de ignorancia pasional.

Por ello es necesaria la crítica poética —la emoción estética y la pasión reflexiva— que produce el arte para superar el arraigo del odio, de la venganza, de la desesperanza y la mentira. Para superar la ignorancia provocada sobre los hechos de la vida colectiva en los cruentos años del conflicto y de las falsificaciones emotivas, de la manipulación de las conciencias y los inconscientes. Edward Bernays, estratega de presidentes y multinacionales norteamericanas, llamó a esa manipulación *La ingeniería del consentimiento*¹⁶. Las estrategias de esa ingeniería son:

La repetición. Hacer persistir en los medios las imágenes y los mensajes que se quieren inocular: saturar los medios con variaciones de la misma información. Repetir, repetir y repetir. “Repíte adecuadamente una mentira mil veces y la volverás verdad”, dirá Goebbels, el comunicador nazi.

16. Edward Bernays, *The engineering of consent* (Oklahoma: University of Oklahoma Press, 1969).

La agitación emocional. Con arquetipos e imágenes culturales dirigir los deseos colectivos; causar desesperanza e indiferencia con noticias frecuentes del horror; con mentiras o falsas noticias. Provocar rabia, indignación, odio y deseos de venganza.

Dramatizar. Elegir un enemigo y demonizarlo. Un enemigo maligno nos amenaza y un héroe bueno nos salva. La dramatización busca identificaciones pasionales y certezas emotivas; con la guerra, certezas violentas y definitivas. Nunca generar preguntas, solo identificación afectiva: miedo y odio; y una certeza: un enemigo malo nos amenaza.

LA NARCOPARATELENOVELA Y LA CONFORMACIÓN DEL IMAGINARIO DEL ENEMIGO INTERNO

Ha sido una guerra psicológica y cultural que utiliza recursos del arte para manipular las emociones y los hechos de la guerra y conformar los imaginarios que justifican y reclaman la guerra, al mismo tiempo que se nos ocultan sus causas y se asocia la rebeldía, la lucha por la paz y por la justicia social con el crimen.

Es este un fenómeno persistente, constante, cotidiano. Cada noche que usted prende el televisor y ve la narcoparatenovela del momento se está haciendo y rehaciendo en su corazón y en su mente ese imaginario. Vamos a mirar un ejemplo: el uso de la amenaza a la familia —a la sagrada familia— como núcleo dramático en el narcoparamelodrama televisivo, al padre, a la madre, a los hijos, a las hijas.

El plebiscito convocado por el presidente Santos el 2 octubre de 2016 para que la ciudadanía aprobara o desaprobara los Acuerdos de Paz firmados entre las guerrillas de las FARC y el Estado representado por su gobierno se perdió: 5.550.000 votaron “NO”; 5.500.000 “sí”. El mundo asombrado no entendía por qué un pueblo que ha sufrido una guerra tan degradada prefiere votar en contra de la paz. ¿Por qué? El país estaba desgarrado, lleno de odio, resentimiento y deseo de venganza por el dolor ocasionado por la confrontación militar. Pero justamente donde ha sido más cruento el conflicto, la ciudadanía votó masivamente a favor de los Acuerdos de Paz. No fue así en muchas ciudades donde la guerra se ve por televisión y como una ficción narcoparatenovelesca, donde la ciudadanía está sometida a la larga guerra cultural que ha acompañado a la confrontación social y armada en nuestro país.

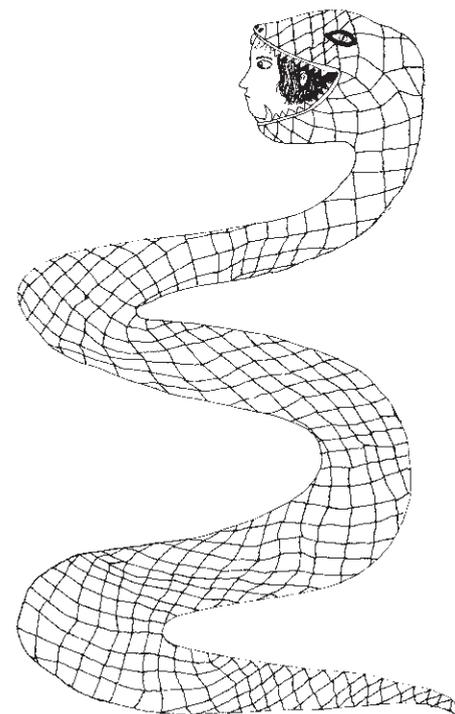
El Gobierno propuso pedirle a la ciudadanía votar a favor de un acuerdo de paz con quienes por décadas fueron, en su relato, la encarnación del mal, el corazón del enemigo interno. Quienes abogaron por el “NO” hicieron una perversa manipulación de las emociones de la ciudadanía: “que voten emberracados”, confesó el jefe de esa campaña. En su estrategia de propaganda decidieron no discutir los temas y puntos del

acuerdo; inventaron que este atacaría a la familia porque promovía lo que ellos llamaron “la ideología de género”: las hijas se volverían lesbianas, los hijos homosexuales. Que les quitarían las mesadas pensionales a los jubilados para dárselas a las guerrillas. Que gente muy mala, secuestradores de niños, para volverlos asesinos, y de niñas, para volverlas esclavas sexuales, iría al Congreso y al Gobierno en lugar de ir a la cárcel. Que convertirían a Colombia al castrochavismo, en una nueva Venezuela; es decir, nos arrojarían al pantano del comunismo, etc. No hablaron del Acuerdo de Paz, de lo que estaba planteado en sus trescientas páginas Mintieron. Y usaron en sus mentiras las viejas ideas anticomunistas y del imaginario contrainsurgente, por tantos años cultivado: el imaginario del enemigo interno.

Durante los días del plebiscito se lanzó una telenovela hecha con las muy buenas intenciones de mostrar que a los guerrilleros hay que recibirlos en la sociedad. Se llamó *La niña*: un comando de la guerrilla de las FARC llega a la casa campesina donde vive la niña. Viene a llevarse a su hermanito, que juega con unos avioncitos en el jardín de entrada. La niña se les opone:

—Él está enfermo, tiene epilepsia, a él le dan ataques de epilepsia, no se lo pueden llevar—. La niña se ofrece en su lugar: la guerrilla se la lleva.¹⁷

Cómo votar a favor del Acuerdo si en las noches vemos en nuestras casas historias de ficción que nos leen nuestra realidad como lo hace esa telenovela, que confirma la propaganda de quienes llaman a votar contra el Acuerdo. Pero, además, ¿cómo derrotar la indiferencia e invitar a votar para apoyar los este acuerdos en un país donde la gente no vota porque saben que las elecciones están amarradas por la trampa y por el robo desde el comienzo? Casi el sesenta por ciento de la gente no votó en el Plebiscito para refrendar los acuerdos de paz. La emoción por la paz no produjo el efecto que sí produjo el deseo de la paz en otros momentos: por ejemplo, durante el proceso de paz de Belisario Betancur, cuando la emoción fue enorme. Claro, se estimuló con un gran programa cultural y artístico. Una de las acciones fue: la ciudadanía y los artistas pintaron palomas de la paz por doquier. Pero en este nuevo proceso de paz, cuando la paz es una realidad palpable —ya no hay heridos en los hospitales, ni muertos por la guerra y la guerrilla más grande y poderosa se ha desarmado—, en lugar de un proyecto de arte y cultura para la paz, para promover la emoción de la paz, sigue persistiendo el proyecto cultural contrainsurgente del enemigo interno. Persiste, como en la telenovela *La niña* que llevó a la gente sencilla a no votar: “¿cómo voy a votar para apoyar que no vayan a la cárcel y salgan a hacer política unos criminales que secuestran niños, que violan niñas?”. Para el ciudadano y la ciudadana que ven esa telenovela resultaba verdad lo que decían el expresidente Uribe y su



17. Clara Diego Jorquera (Productor),
La niña [serie de televisión] (Bogotá:
Caracol Televisión, 2016).

grupo y los pastores evangélicos: el Acuerdo de Paz es un acuerdo de impunidad. “Esos criminales que amenazan a la familia y secuestran y reclutan niños deben ir a la cárcel”. Una manipulación emotiva que ocultó que en verdad hoy tenemos una impunidad altísima en Colombia. Que a las guerrillas no las han derrotado militarmente ni ellas tampoco han vencido al Estado. Que lo humanamente sensato es terminar la guerra con un acuerdo de paz. Que este acuerdo de paz ha planteado una justicia especial, no punitiva sino restaurativa. Una justicia que busque la verdad y la reparación antes que el castigo. Una justicia para buscar la verdad sobre lo que pasó durante la guerra.

La verdad, como dice el Evangelio, nos hará libres. En nuestro caso, libres de repetir la noria de muerte y violencia que venimos experimentando desde hace décadas. O conocerla para no volver a esa repetición. Como ha dicho el filósofo Santayana: “un pueblo que no conoce las tragedias que ha vivido se condena a repetirlas”.

Contra estas razones de la conciencia racional y emotiva de la necesidad de la verdad para que termine la guerra y cesar de repetir la muerte violenta que hemos vivido durante tantos años, se promovió el deseo vindicativo, se alimentó el viejo imaginario patriarcal y religioso de que solo el castigo corrige. Se alimentó una emotividad funesta y delirante, en favor del odio, de la venganza y de la muerte, en favor de continuar la guerra. Vamos a analizar cómo, para sembrar y cultivar ese imaginario, se han utilizado las herramientas del arte, de la dramaturgia, del relato. Y se han utilizado de manera muy inteligente, con conocimiento de las raíces míticas de nuestro comportamiento y de nuestras pasiones y emociones inconscientes. Y así se ha producido desmemoria, desconocimiento e ignorancia sobre nuestra realidad. La gran masa de la ciudadanía cree que la realidad del conflicto y de la paz es lo que cuentan las noticias y las narcoparatelenovelas, que son una especie de noticiero alargado.

La ciudadanía no sabe lo que en verdad ha ocurrido y está ocurriendo. Y ni siquiera sabe que lo desconoce, porque le han dado a saber otra cosa, otro relato, una falsificación, una mentira. Como lo demostró Platón en *El sofista*, la ignorancia hace “creer que sabe algo a quien no lo sabe”¹⁸. La ignorancia —como reflexiona el maestro Estanislao Zuleta al comentar este pensamiento de Platón— no es un vacío. Es, al contrario, un estado de llenura: de falsas opiniones, de simulacros, que son tomados por la verdad por quien padece el delirio de la falsa opinión sembrada.

En nuestra reflexión sobre las relaciones entre emoción y razón, habría que decir que a Platón le bastaría una crítica racional de la falsa opinión para abandonar esa falsedad, para “hacer parir la inteligencia”. Pero en verdad la crítica racional no basta. Porque los publicistas utilizan deseos, imágenes y arquetipos inconscientes. Manipulan a la ciudadanía a través de la propaganda vertida en ficciones, mitos y relatos —como las telenovelas y los seriados— que se sirven de las imágenes, los

18. Platón, *El sofista* (Madrid: Alianza, 2010), 229c.

deseos y los arquetipos inconscientes. Son relatos que, ante el asunto central de la paz y la superación reflexiva y serena del conflicto armado, convierten en guion, en dramaturgia, el proyecto contrainsurgente de hacer la guerra a ese supuesto enemigo interno que, nos pregona, merece ser exterminado.

CAMBIAR EL IMAGINARIO DEL OUDIO, LA VENGANZA Y LA DESESPERANZA POR EL DESEO DE LA PAZ

Transformar los imaginarios del miedo y del escepticismo, del odio, de la venganza y de la desesperanza, el sentimiento de que la guerra y la violencia ya nada ni nadie las cambia, imaginarios tan largamente cultivados en el alma colectiva, requiere de conocer los relatos ocultos, desconocidos, de quienes han vivido las acciones y padecido directamente las consecuencias de este conflicto; la voz y la verdad de las víctimas. De su épica de resistencia y tenacidad. Y también la voz y la épica de quienes han hecho la guerra. Sus años en el monte y las selvas. Las razones, los hechos y las vueltas de la vida que le llevaron a su vida de riesgo y rebeldía.

Requiere de hacer público a través de las artes esos relatos, sin tener de antemano conocido el final. Un arte de la investigación. Un arte que haga preguntas. Que explore lo que ignoramos. Que interrogue nuestro supuesto saber. Como hace —por ejemplo— Hamlet.

Todo país que ha vivido una guerra tan tremenda como la que vivimos en Colombia necesita de una *Ilíada*, necesita de muchas *Antígonas*, necesita de numerosos *Edipos*, precisa de los grandes relatos, de las grandes estructuras míticas y dramáticas que transforman el dolor en poesía: los mitos y dramas fundacionales de la cultura patriarcal, los crímenes familiares, la muerte de los hijos, del padre, de la madre, de los hermanos, el rapto de la hermana. Para que la poesía sea la fuerza que nos convierta de nuevo en una sociedad que afirma la vida y reconoce la muerte como algo sagrado.

En la Corporación Colombiana de Teatro hemos trabajado desde el primer proceso de paz de esta larga guerra —el del expresidente Belisario Betancur en 1984— en el sueño y la invención de ese gran proyecto de arte y cultura por la paz.

En el proceso del presidente Belisario contamos con el eco y la presencia activa en numerosas acciones por la paz de un número muy grande de los y las artistas más reconocidos e importantes del país. Y de innumerables artistas desconocidos. Y con el apoyo del propio presidente Belisario, un presidente poeta. Patricia Ariza le pidió un avión para ir con cien artistas a la zona de guerra, al Caguán, y realizar un intercambio con las comunidades y con la insurgencia. Hay un corto en video sobre esa experiencia, *Paso a la Paz, Paso a la Vida*, realizado por Patricia Ariza y Karen Roa¹⁹. Un documento

19. Patricia Ariza, “Paso a la vida, paso a la paz”, video YouTube, 11:51, agosto 26, 2014. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=Og-hL_7UmAQ (consultado el 25/05/2019).

formidable sobre el trabajo del movimiento de los artistas por la paz, desde el primer intento de hacer la paz.

En el proceso de paz del presidente Pastrana concebimos colectivamente y desarrollamos el proyecto *Colombia en el Planeta*. El poeta William Ospina escribió el manifiesto que recogía las ideas que nos animaban. El maestro García Márquez estuvo siempre atento e informado. Participó también un grupo muy importante de artistas. Hicimos por todo el país una gran cantidad de encuentros. Teníamos entonces recursos. Había sensibilidad en el Gobierno y en la cooperación internacional frente a la necesidad de un gran programa de arte y cultura para la construcción de la paz.

Pero en el actual proceso de paz la sensibilidad y la conciencia sobre la necesidad de un gran programa de arte y cultura para la superación de la mutación cultural que ha producido tantos años de guerra y de propaganda de guerra aún no aparece. Y es urgente.

A la Alcaldía de la ciudad de Bogotá un grupo de artistas la convencimos de apoyar la realización de la *Cumbre Mundial de Arte y Cultura para la Paz de Colombia*, una propuesta que planteamos inicialmente con Patricia Ariza y la Corporación Colombiana de Teatro. Pero tampoco ese encuentro formidable logró conmover al Gobierno nacional. No atendieron la propuesta salida de esa cumbre de abrir en el marco de las negociaciones de paz en La Habana una mesa especial de arte y cultura para la paz; quizá no tuvimos la fuerza política necesaria para conmoverles. Como sí la tuvo el movimiento social de mujeres que logró impulsar la mesa de género.

Planteamos la necesidad de una mesa de artistas que discutiera y propusiera los fundamentos de ese gran Programa Especial de Arte y Cultura para la transformación de los imaginarios de la indiferencia y el escepticismo, del odio y de la venganza, en una conciencia activa y emocionada con la paz, la reconciliación, la reinención de otras formas de relacionarnos que no sean la del desprecio de la vida y la naturalización de la muerte violenta: “si lo mataron, por algo sería”. La víctima es la culpable.

Luego de vivir una guerra tan larga y degradada, un desastre humanitario como este que vivimos en nuestro país, construir un nuevo imaginario pasa siempre por la poesía que está presente en todas las formas de las artes. Porque la poesía tiene el don de transformar la tragedia en afirmación de la vida. Como ha cantado Homero en la *Odisea*: “Parece que dioses y diosas labrasen desdichas para que las generaciones tengan que cantar”.

Para superar la tragedia y la muerte tenemos latente en nuestro corazón desgarrado por la violencia y bajo el silencio que tejen las mentiras del odio, las obras del deseo del canto: la poesía de las canciones, de las obras del nuevo teatro, de la literatura, de la *performance*, de la memoria cantada, de la memoria poética.

Es un don del canto darnos la fuerza para restaurar la pasión por la vida y derrotar los poderes ominosos de la muerte.

Hay una necesidad profunda de que nos contemos nuestra vida trágica y tenaz, nuestra persistencia en la muerte violenta, junto a la lucha épica contra esa muerte: la búsqueda de otra sociedad. Y esa necesidad la ha realizado Colombia desde el arte; es algo que el arte colombiano ha hecho y debe seguir haciendo con renovado impulso.

LOS MITOS PATRIARCALES Y LA SIEMBRA FICCIONAL DEL ODIO Y LA DESESPERANZA

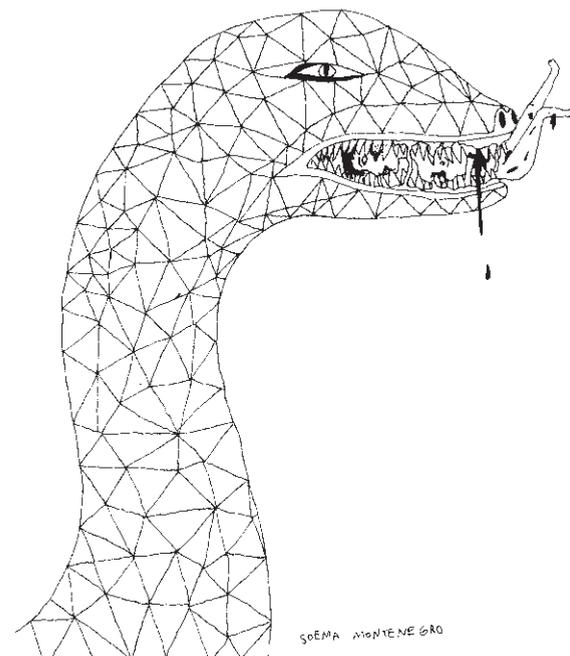
Es muy importante volver sobre las fuentes poéticas que exploran el origen de lo que hemos vivido. Volver a mirar la gran literatura que ha relatado nuestra historia: *La vorágine*, *Soldados*, *Guadalupe años sin cuenta*, *La casa grande*, *El coronel no tiene quien le escriba*, *Cien años de soledad* y tantas y tantas otras.

Esto es necesario porque la rica memoria poética del país está silenciada por el proyecto hegemónico que promueve la guerra; por el gran proyecto mediático, político, noticioso y de narcoparaseriados y telenovelas: esas ficciones engañosas son narrativas que promueven cada día el odio y la venganza, el desinterés y el escepticismo. Y los promueven utilizando las mismas estrategias que usa la dramaturgia teatral, vertidas en los moldes emotivos de los grandes mitos y deseos inconscientes de la cultura patriarcal: los crímenes familiares.

Por ejemplo, la telenovela, que narra la fábula de los hermanos Castaño, supuestos fundadores del paramilitarismo que se alían para vengar la muerte del padre secuestrado y asesinado por la guerrilla. Esta fábula fue creada para tapar el verdadero origen del paramilitarismo. En Colombia el paramilitarismo ha sido una tradición, existía desde antes de las guerrillas liberales: los pájaros y la policía chulavita de los años cuarenta; las guerrillas se armaron para defenderse de esos pájaros y chulavitas. El paramilitarismo ha sido una de las causas de que se armen movimientos guerrilleros en Colombia.

La última versión del paramilitarismo, como ya lo indicamos arriba, fue impuesta por los Estados Unidos como parte de la reforma a los manuales de instrucción del Ejército colombiano para enseñar a “poner en acción funciones de contra-agentes y de contra-propaganda [...] impulsar sabotajes y/o actividades terroristas paramilitares contra conocidos partidarios del comunismo”²⁰.

La narrativa de los narcoparaseriados y telenovelas esconden el verdadero origen de la política paramilitar del Estado en Colombia. Lo esconden al exponer, en



20. “Cronología de hechos reveladores del paramilitarismo como política de Estado”, *Movice. Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado*, septiembre 16, 2006. Disponible en: <https://movimientodevictimas.org/cronologia-de-hechos-reveladores-del-paramilitarismo-como-politica-de-estado/> (consultado el 25/05/2019).

cambio, que el paramilitarismo se funda para vengar la muerte del padre: una venganza arquetípica, sagrada, mítica.

A los *Tres Caínes* la guerrilla les secuestra y les mata al padre, lo que hace que ellos juren vengarlo. El mito de la muerte del padre es el mito fundacional de la sociedad y la cultura patriarcales. En la sociedad patriarcal matar al padre es un deseo colectivo inconsciente. Por ello se pregunta Iván Karamazov en la novela de Dostoievsky: “¿Y quién no ha deseado matar a su padre?”. El padre muerto es el dios que se adora en las religiones monoteístas. Incluso puede ser el padre que es también el hijo, como en el mito cristiano. El cristianismo adora a su dios —el hijo padre muerto— clavado a un patíbulo: la cruz del centurión romano.

La narrativa del narcoparamelodrama *Tres Caínes* —que, además, replica la supuesta historia de vida personal de varios políticos a quienes las guerrillas o los narcotraficantes les asesinaron el padre— ha difundido y ha convertido en lugar común entre la amplia ciudadanía la versión de que los paramilitares nacen para enfrentar a la guerrilla y vengar la muerte del padre.

Así se ha hecho hegemónico un relato del conflicto colombiano que busca reducir las causas de la guerra que vivimos al enfrentamiento entre dos malvados: unos criminales que secuestran y matan al padre —o al hermano o a la hermana o que amenazan a la familia—, y otros malvados que se fundan por los agredidos para defenderse y tomar venganza por mano propia —porque el Estado no les protege de los criminales—. Estos defensores se vuelven, a su vez, malos, demonios. Pero unos demonios necesarios. Son unos malos menos malos que los primeros, pues esta ficcionalización de la realidad ha convertido a los primeros en la amenaza atroz contra la sagrada familia, los que ejecutan los crímenes familiares, los verdaderos demonios, el verdadero mal.

Los que defienden a la familia son, según esta narrativa, los paramilitares. Las guerrillas la asesinan. En esta narrativa queda el paramilitarismo justificado. Y se ocultan sus crímenes y objetivos económicos, culturales y políticos: el despojo de tierras, la apropiación de las rentas públicas en las regiones, la coerción a los votantes para hacer elegir a sus candidatos; las amenazas y los asesinatos de tantos líderes sociales; la idealización de la violencia como camino al poder, al consumo y a las riquezas; se ahonda el imaginario machista de la mujer como trofeo y objeto; etc. Así se oculta la compleja realidad del conflicto colombiano. Y se promueve la guerra: se la muestra como una necesidad mítica, arquetípica: la necesidad de vengar la muerte del padre.

Este relato se ha hecho hegemónico a través de su persistente y variada repetición mediática. Desde hace varios años siempre hay en los canales de la televisión un seriado o una telenovela que replica una variación de ese relato.

Utiliza los arquetipos de la sagrada familia amenazada, el arquetipo de la muerte del padre, de la necesidad de vengar esa muerte, pero sin hacer preguntas. Como haría el arte. Como hace Dostoievsky. O como las hace Shakespeare, en *Hamlet* o en *Macbeth* o en el *Rey Lear*, sobre el arquetípico mítico patriarcal.

Hamlet no busca que nos identifiquemos con la venganza de la muerte de su padre. A Hamlet se le aparece el fantasma de su padre muerto: le cuenta que dormitaba en el jardín y su esposa Gertrudis y su hermano Claudio le derramaron veneno en el oído. Hamlet, antes que creer lo que el fantasma de su padre le ha dicho, duda: no sabe si está loco viendo estas visiones o si hay algo podrido en Dinamarca, en Elsinor, en su familia. Y para resolver su dilema decide hacer con el relato del fantasma una pieza teatral —La Ratonera— y presentarla a su tío y a su madre, que son ahora esposos. Con las sobras del funeral celebraron la boda. Hamlet decide hacer una investigación. Y así nos lleva a hacernos preguntas sobre la naturaleza del poder, del incesto, de la muerte del padre, del orden humano en la sociedad patriarcal.

El uso de la muerte del padre como motor dramático del seriado o la telenovela narcoparamilitar busca justificar al paramilitarismo y que nos identifiquemos con sus valores y su existencia. Y lo consigue porque está vengando la muerte del padre y todos y todas guardamos una íntima y secreta culpa por desear inconscientemente la muerte del padre, desconocida por nosotros mismos, porque en la sociedad patriarcal es inevitable, que, en el proceso de construcción de la identidad personal, en algún momento de nuestra infancia, y aún después, hayamos deseado o soñado la muerte del padre.

Permítanme un comentario más, ahora sobre la utilización del mito de Caín por parte del narcoparamelodrama *Tres Caínes*. Tampoco se nos dice nada nuevo sobre ese mito. Solo lo usan. Sin siquiera hacernos dudar de las razones de Caín para matar a su hermano. Los Caínes, que juran vengar la muerte del padre, se matarán luego entre ellos, porque son Caínes. Pero analicemos el mito cainita con cuidado: ¿quién en verdad es Caín en el mito bíblico? ¿Qué nos dice la Biblia en ese episodio fundacional? Dice que Caín es un agricultor. Que cultiva la tierra y le ofrenda a Jehová lo mejor de sus frutos. Que Abel es pastor de cabras que triscan en las breñas y le ofrenda al dios Padre la mejor de su grey. Dice que el dios Padre ve con malos ojos la ofrenda de Caín y acepta con agrado la de Abel. No se nos dice por qué. No se nos recuerda que Jehová, en el capítulo anterior, había condenado a Caín a cultivar la tierra y a solo cosechar abrojos —malezas— y a morder el polvo: “porque polvo eres y en polvo te has de convertir”. Así que Caín ha hecho florecer y fructificar una tierra maldita por el dios Padre. Su ingenio y sus manos han logrado romper la maldición del dios Padre contra el trabajo de cultivar y hacer fructificar a la madre tierra. Quizá por ello dios vio

con malos ojos la ofrenda de Caín. Pero Él es Dios. Y si en un primer impulso despreció esa ofrenda, y causó con su desprecio que Caín incube el odio a su hermano, en un segundo instante, como Dios que es, ha debido darse cuenta de que el odio de Caín contra su hermano Abel lo ha provocado el desprecio inaudito de Él mismo, el Dios, a los frutos del trabajo del esforzado muchacho: Caín hizo florecer una tierra maldita por Él, por el dios Padre. Tengamos presente que, en todas las tradiciones, la tierra, como la casa en los sueños, es con frecuencia el símbolo de la madre. Ha debido decirle el Dios a Caín algo como: “¡Ah! Caín, hijo mío, he despreciado tu ofrenda porque has logrado romper mi maldición. Me has dado una lección. No he debido maldecir ni el trabajo ni el amor ni el que tu madre comprenda la voz de la serpiente. Ven, comamos juntos de tu ofrenda”. Pero no. En cambio, el dios que todo lo sabe, el que todo lo ve, arroja a Caín al abismo del odio: ya estás incubando el demonio en tu corazón, le dice.

Bueno, nada de esto de las relaciones causales del odio entre los hermanos con la injusticia autoritaria del padre se pregunta ese melodrama de *Tres Caínes*. Simplemente se usa el mito de Caín, del odio al hermano, para, sobre su arquetipo o matriz simbólica, sobre su fuerza emotiva inconsciente, justificar que los hermanos, en la medida en que son Caínes, y aunque venguen la muerte del padre, se maten entre ellos.

Así, desde las herencias del mito patriarcal y sin interrogar esas herencias, se justifica la guerra. Se usan las herencias de los mitos y los arquetipos patriarcales para buscar la identificación con ellos, y no, como haría el arte, para romperlos, para interrogarlos, y mirar por dentro de qué están hechos, cómo está tejido el relato mítico en el cual se arraigan los deseos de muerte y de venganza en la sociedad patriarcal.

En nuestro país hay muchas otras narrativas de lo que hemos vivido y estamos viviendo, narrativas muy diversas de nuestras relaciones complejas y mortales con la vida y con la muerte. Pero son relatos desterrados del imaginario colectivo por la visión hegemónica y militarista de la guerra que promueven los medios, la gran prensa, el sector de las élites y de los políticos interesados en perpetuar el derramamiento de sangre entre los hermanos, en contar el relato de nuestra conflictividad histórica desde el mito patriarcal de la venganza de la muerte del padre y el odio caínescos entre los hermanos.

Los relatos otros, los relatos del arte, están dispersos sobre el cuerpo del país, sin relación entre ellos. Por ello son necesarios los encuentros de esas experiencias creativas. Donde se muestre lo que, por doquier, en el espejo roto de los territorios, por toda la piel del país, de muchas maneras y en los diversos lenguajes de la poesía, hace el arte por comprender nuestra tragedia colectiva y buscar la verdad silenciada y desplazada de lo que hemos vivido, y construir la reconciliación: otra vida en esta vida. Pero todavía lo hacemos de manera dispersa. Requerimos tejer lazos entre estos

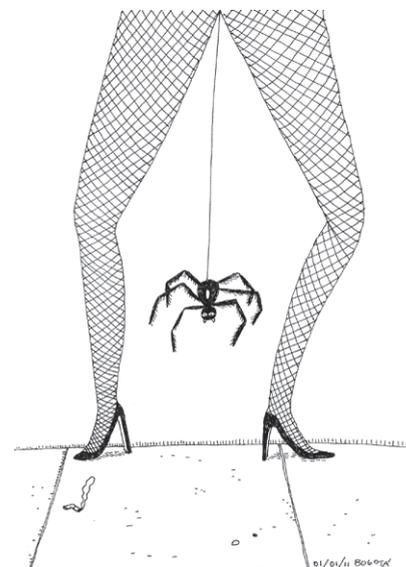
trabajos de memoria poética sobre nuestra vida colectiva, para que podamos construir un proyecto que permita, de manera coherente, comprender que la guerra solamente se termina a través de convertir las historias de la guerra en historias colectivas, en narrativas que no promuevan la venganza, y, en cambio, estimulen la comprensión emotiva de lo que hemos vivido; que transformen el dolor en poesía y en amor y en fuerza para perseverar en la vida.

En este sentido, hemos venido trabajando los últimos años en la Corporación Colombiana de Teatro con las víctimas y sobrevivientes de diversas acciones de terror y persecución. Lo hacemos componiendo acciones artísticas conjuntas entre ellas y artistas de diferentes artes: haciendo performances, música, danza, y haciendo teatro y poesía escénica.

El trabajo conjunto entre artistas y personas que tienen tanto que decirnos lo estamos empezando a realizar con la insurgencia. Hemos estado con la Corporación Colombiana de Teatro y el CREA (Centro de pensamiento y acción para las artes de la Universidad Nacional de Colombia), en las aldeas de la paz que están fundando las exguerrillas de las FARC transformadas en movimiento político. Inicialmente, el Gobierno llamó a estas fundaciones zonas de normalización, como si allí fueran a normalizar a unos anormales. Y esto de la normalización de unos anormales pareciera ser reflejo directo de otra de las ideas que promueve el imaginario contrainsurgente: el enemigo interno es malo, es anormal, la rebeldía es una anomalía. El imaginario contrainsurgente niega el derecho a la rebelión. Identifica la rebelión con la maldad. Con una anomalía. Rebelarse es ser anormal, ser malo. Otra idea propia del imaginario patriarcal: Eva la desobediente, es la encarnación del mal. También Antígona, en una lectura patriarcal de su rebeldía y su desobediencia amorosas —como la que hace Hegel— lo sería: un equivalente del mal social, ella representa la moral antigua de la familia, la ley religiosa; Creonte la ética moderna, civil, de la polis, del Estado: la ley social que debe regir la ciudad.

Las aldeas que están hoy fundando las guerrillas en paz, desarmadas, son los pueblos que no les dejaron construir hace cincuenta años, y en cambio fueron bombardeados por el presidente Guillermo León Valencia, asesorado por el Gobierno norteamericano. Así fundaron las FARC.

Hoy la inmensa mayoría de los exguerrilleros de las FARC perseveran en la paz en esa treintena de aldeas de la paz que han fundado. Hay que visitarles. Emociona conocer esas aldeas. Hemos visitado algunas de ellas con proyectos de la Universidad Nacional de Colombia y también con proyectos de la Corporación Colombiana de Teatro. Hemos presentado nuestros trabajos artísticos allí, nuestras obras de teatro, leído nuestra poesía. Y hemos realizado talleres de teatro, de video, de poesía y de



relatos de la memoria emotiva de sus días en los montes y las selvas con la insurgencia en paz, desarmada. Hicimos luego en la Corporación Colombiana de Teatro con veinte artistas de la antigua guerrilla un taller de formación y creación artística: teatro, escrituras creativas, video, canciones. La memoria poética de la insurgencia es parte fundamental de la memoria de la épica de la guerra que hemos padecido. Esta épica la tenemos que conocer, así como los antiguos griegos construyeron la épica de la guerra de Troya en la *Iliada*. Y la épica de los desterrados en tantos mitos: Edipo, Antígona, Jasón, Medea, son errantes. Y con Ulises y su *Odisea* cantaron el retorno y la derrota de todos los avatares que impiden que triunfe el retorno. Tendremos que hacer las numerosas *Odiseas* que cantan el amoroso retorno de nuestra multitud errante.

El relato de la paz, la épica de la resistencia a la muerte atroz, la épica de la vida rebelde en armas en los montes y las selvas de Colombia, la épica del heroísmo y de la locura colectiva de la guerra, nos curará de los relatos del odio y de la venganza. De la desesperanza y del miedo a la paz. Tenemos que dejar fluir por el alma colectiva ese relato, estimular su invención. Y no solo para transformar el imaginario del odio y de la venganza, y superar el miedo y la desilusión. También para saber quiénes somos. El arte tiene la capacidad, tanto en lo colectivo como en lo íntimo, de explorar la identidad, lo que fuimos, lo que imaginamos y deseamos ser. Esas preguntas —quiénes somos, de dónde venimos, cómo hemos llegado hasta aquí, qué deseamos ser, a dónde deseamos ir— solo las podemos elaborar relatando lo que hemos vivido en tantos años de guerra y de resistencia a la guerra, de búsqueda de la paz. Transformando el horror y la violencia y la resistencia en poesía y memoria para perseverar en la vida, para perseverar en la existencia, para reconocer que la muerte es sagrada.

Así como la guerra ha martirizado varias generaciones, también varias generaciones viviremos la construcción de la paz en Colombia. Para ello, insisto, es necesario y urgente un gran proyecto o programa nacional de arte y cultura para la memoria poética de lo vivido en tantos años de guerra, una expedición por lo silenciado y perdido que, desde la singularidad, desde la periferia, posibilite que las memorias poetizadas de los grupos de familiares, de víctimas, de las comunidades sin medios, de las gentes despojadas, crezcan y proliferen en los espacios y medios públicos y avancen hacia la consolidación de un relato nacional polifónico. Un relato donde la polifonía no sea de silenciamientos o falsificaciones de los hechos, sino poética, musical, novelística, cinematográfica, teatral, dancística, pictórica, performática y conflictiva. Sobre todo, conflictiva. Es decir: que no victimiza a las víctimas, sino que revela sus luchas, sus anhelos, su dignidad, sus búsquedas. Una memoria rebelde, resistente y polifónica. Una polifonía de voces y lenguajes que derrote la desmemoria y la dominación. Los relatos de la ciencia histórica y de las comisiones científicas son muy importantes. Pero

esos relatos no pueden sustituir al relato ciudadano. Como sugiere García Márquez al inicio de *Los funerales de la Mamá Grande*, tendríamos que sacar los taburetes a la calle y contarnos estas historias antes de que lleguen los historiadores. Y, ¿por qué no?, que lleguen también quienes quieran y la cuenten. Sí, porque una paz que no sea canto, relato, danza, cine, poesía, historia, que no sea memoria poética común, no podrá arraigar en el alma colectiva, en cada corazón. Tejer una memoria poética en todas las voces y todos los lenguajes que desteja la guerra y desarraigue de las mentes y los corazones las semillas de odio y venganza, la profunda mutación cultural que tantos años de violencia del lenguaje y de horror vivo han producido. Es necesario contarnos esas historias tremendas, transformar en relato y en poesía compartida el horror vivido. La poesía es la memoria que pervive, el juego que transmuta el dolor y el horror en canto, en fuerza para perseverar en la existencia, en los goces de la vida, en los misterios de la muerte.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIZA, PATRICIA. "Paso a la vida, paso a la paz". Video YouTube, 11:51. Agosto 26, 2014. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=Og-hL_7UmAQ.
- BANCO DE DATOS DE VIOLENCIA POLÍTICA. *Noche y niebla. Deuda con la humanidad. Paramilitarismo de Estado en Colombia 1988-2003*. Bogotá: Banco de Datos – Cinep, 2004. Disponible en: <https://www.nocheyniebla.org/wp-content/uploads/u1/casotipo/Deuda01.pdf>.
- BERNAYS, EDWARD. *The engineering of consent*. Oklahoma: University of Oklahoma Press, 1969.
- CEPEDA SAMUDIO, ÁLVARO. *La casa grande*. Madrid: La navaja suiza, 2017.
- EL ESPECTADOR. "702 líderes sociales y 135 excombatientes habrían sido asesinados desde la firma del Acuerdo en el 2016". Mayo 23, 2019. Disponible en: <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/702-lideres-sociales-y-135-ex-combatientes-habrian-sido-asesinados-desde-firma-del-acuerdo-articulo-862367?fbclid=IwAR2it-CC98Lleylcv8qJl-dlCt2j3zh0XmF6KqwumThBlB1R78UqKyKiQV8>.
- EL TIEMPO. "Economía subterránea en el país equivale al 35 por ciento del PIB". Junio 11, 2017. Disponible en: <https://www.eltiempo.com/economia/sectores/peso-de-la-economia-subterranea-en-el-pib-de-colombia-97638>.
- EL TIEMPO. "Saqueo de la corrupción equivale a casi un billón de pesos por semana". Febrero 26, 2017. Disponible en: <https://www.eltiempo.com/justicia/delitos/precio-de-la-corrupcion-en-colombia-61749>.
- EMILY DICKINSON. "1129". En "Cinco versiones del poema 1129 de Emily Dickinson". *Página 12*. Mayo 6, 2018. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/112722-cinco-versiones-del-poema-1129-de-emily-dickinson>.
- GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL. *Cien años de soledad*. Madrid: Alfaguara, 2017.

JORQUERA, CLARA DIEGO (PRODUCTOR). *La niña* [serie de televisión]. Bogotá: Caracol Televisión, 2016.

LA REPÚBLICA, "EL PESO DEL NARCOTRÁFICO EN LA ECONOMÍA". Septiembre 15, 2017. Disponible en: <https://www.larepublica.co/opinion/editorial/el-peso-del-narcotrafico-en-la-economia-2548515>.

MEJÍA TORRES, FEDERICO. "Información: Estadísticas explotación ilícita de yacimientos mineros. Costos". *Ejército Nacional*. Disponible en: <https://docplayer.es/54311286-Informacion-estadisticas-explotacion-ilicita-de-yacimientos-mineros-costos-cr-mejia-torres-federico-alberto.html>.

MOVIE. *Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado*. "Cronología de hechos reveladores del paramilitarismo como política de Estado". Septiembre 16, 2006. Disponible en: <https://movimientodevictimas.org/cronologa-de-hechos-reveladores-del-paramilitarismo-como-politica-de-estado>.

OTERO PRADA, DIEGO. *Gastos de guerra en Colombia. 1964-2016: 179 000 millones de dólares perdidos*. Bucaramanga: Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz, 2016.

PAZ CARDONA, ANTONIO. "Un millón de hogares campesinos en Colombia tienen menos tierra que una vaca". *Semana Sostenible*. Mayo 25, 2018. Disponible en: <https://sostenibilidad.semana.com/impacto/articulo/concentracion-de-la-tierra-en-colombia-el-1-por-ciento-de-las-fincas-mas-grandes-ocupan-el-81-por-ciento-de-la-tierra/40882>.

PLATÓN. *El sofista*. Madrid: Alianza, 2010.

PORTAFOLIO. "Lo que mueve el narcotráfico en la economía colombiana". Julio 4, 2018. Disponible en: <https://www.portafolio.co/economia/lo-que-mueve-el-narcotrafico-en-la-colombiana-518709>.

RIVERA, JOSÉ EUSTASIO. *La vorágine*. Madrid: Alianza Editorial, 2009.

TEATRO LA CANDELARIA. *Guadalupe años sin cuenta*. Bogotá: Libro al viento, 2016.

